

«SED FIELES A CRISTO Y A SU IGLESIA»

1. Obediencia fiel y gozo compartido. Son dos aspectos de la misma realidad, dos caras de la misma moneda. El que escucha la llamada de Jesucristo y la sigue con obediencia pronta y alegre, hallará sin duda alguna la verdadera felicidad, el tesoro escondido en el campo. Y, al revés, el discípulo fiel sólo puede gozarse y alegrarse cumpliendo en su vida cotidiana la voluntad del Señor. «Mi alimento es cumplir la voluntad del que me ha enviado», son palabras que san Juan recoge en su evangelio (4,34).

Queridos Manuel, José Manuel y Joaquín, vuestra diaconía ha de tener en cuenta estas dos características, estos dos pilares de vuestro ministerio ordenado: la obediencia y el gozo. En efecto,

«Vuestra capacidad para comunicar el Evangelio dependerá de vuestra adhesión a la fe de los Apóstoles. La eficiencia de vuestra *diaconía* se medirá por la fidelidad de vuestra obediencia al mandato de la Iglesia. Es Cristo resucitado quien os ha llamado y es su Iglesia la que os envía a proclamar el mensaje transmitido por los Apóstoles. Y es la Iglesia la que autentica vuestro ministerio. Estad seguros de que la misma fuerza del Evangelio que proclamáis os colmará de la alegría más sublime posible: alegría de sacrificio, sí, pero alegría transformante por estar íntimamente asociados a Cristo resucitado... Obediencia y gozo son, por tanto, expresiones auténticas de vuestro discipulado. Pero son también condición de la eficiencia de vuestro ministerio»¹.

2. Servidores del Evangelio, Heraldos de la alegría. Hoy la Iglesia os va a confiar, según establece el ritual de la ordenación, el libro de los Evangelios. Uno de vuestros servicios como diáconos será precisamente el de proclamar la Buena Noticia de Jesucristo, y hacerlo no sólo con vuestros labios sino, sobre todo, con vuestra vida y vuestro corazón. Por vuestra sagrada

¹ JUAN PABLO II, *Homilía en la misa con los nuevos diáconos*, 21 de abril de 1979.

ordenación diaconal quedaréis vinculados de modo especial al Evangelio de Cristo resucitado. Se os encarga prestar un tipo especial de servicio (*diaconía*), en el nombre del Señor resucitado. Dentro de unos minutos, el Obispo dice a cada uno de vosotros: «Recibe el Evangelio de Cristo, del que ahora eres heraldo. Cree lo que lees, enseña lo que crees y practica lo que enseñas». Como los Apóstoles, también vosotros os debéis sentir impulsados a proclamar la resurrección del Señor Jesús, a tiempo y a destiempo. También vosotros debéis experimentar la urgencia de hacer el bien, de rendir servicio en el nombre de Jesús crucificado y resucitado, de llevar la Palabra de Dios a la vida de su pueblo, de la Iglesia.

Queridos diáconos, «vuestra misión consiste en abrazar el Evangelio, profundizar con fe en su mensaje, amarlo y testimoniarlo con palabras y con obras. La tarea de la nueva evangelización necesita vuestra contribución, dada con coherencia y entrega, con valentía y generosidad, en el servicio diario de la liturgia, de la palabra y de la caridad. Vosotros, diáconos llamados con el celibato a una existencia totalmente consagrada a Dios y a su reino, vivid vuestra misión con alegría y fidelidad. Vividla también vosotros, diáconos casados; Cristo os pide que seáis modelos de verdadero amor dentro de la vida familiar. A unos y otros el Señor os ha elegido como colaboradores suyos en la obra de la salvación»².

3. «Todo lo puedo en Aquél que me conforta». Los que hemos recibido el hermoso regalo de la vocación somos plenamente conscientes de nuestras limitaciones. Pero es que Jesús ha preferido llamar a los pequeños y sencillos, a los que no pueden apoyarse en sus propios méritos, porque la vocación no es algo merecido, no es un derecho, ni una recompensa o premio. El Señor manifiesta su poder por medio de nuestra debilidad; habla con palabras de vida y de verdad utilizando nuestros labios temblorosos y torpes; sigue curando las almas de tantos heridos por el pecado recurriendo a unos hombres que no son más que *sanadores heridos* ellos también.

Ésta es la tremenda paradoja que vosotros, queridos diáconos, habréis de sobrellevar en vuestro ministerio, desde esta mañana hasta el último día de vuestra vida. Partiendo del conocimiento de nuestras limitaciones, el Señor nos

² JUAN PABLO II, *Ángelus*, 20 de febrero de 2000.

invita a vivir nuestra consagración con humildad pero, al mismo tiempo, con sincero celo apostólico:

«Necesitamos a la vez celo y humildad, es decir, reconocer nuestros límites. Por una parte, celo: si realmente nos encontramos continuamente con Cristo, no podemos guardarlo para nosotros mismos. Nos sentiremos impulsados a ir a los pobres, a los ancianos, a los débiles, a los niños, a los jóvenes, a las personas que están en la plenitud de su vida; nos sentiremos impulsados a ser “heraldos”, apóstoles de Cristo.

Pero para que este celo no quede estéril y no nos desgaste, debe ir acompañado de la humildad, de la moderación, de la aceptación de nuestros límites... Creo que la humildad de aceptar esto —“hasta aquí llegan mis fuerzas; el resto te lo dejo a ti, Señor”— es decisiva. Pero también hay que tener confianza: Él me dará también colaboradores que me ayuden y hagan lo que yo no logro hacer... Sólo podemos servir a los demás, sólo podemos dar, si personalmente también recibimos, si nosotros mismos no quedamos vacíos»³.

4. Recibís la ordenación en el recién estrenado Año Sacerdotal. El lema que preside este acontecimiento eclesial reza así: «Fidelidad de Cristo, fidelidad del sacerdote». Nuestro sacerdocio es el mismo sacerdocio de Cristo. Por tanto, su fidelidad al Padre y su entrega a los hermanos han de ser también nuestra propia fidelidad y entrega. Y su santidad ha de encontrar eco en nuestro sacerdocio, vivido con ilusión como si cada día fuese el primer día de nuestra ordenación.

Vivamos todos, pues, queridos sacerdotes, seminaristas, consagrados y fieles seculares, con intensidad este Año Sacerdotal. Que sea un año de oración de los Sacerdotes, con los Sacerdotes y por los Sacerdotes. Somos importantes y necesarios, no sólo por lo que hacemos, sino por lo que somos: «Cuando veáis al sacerdote —decía San Juan María Vianney—, pensad en Nuestro Señor Jesucristo». Y si tú, joven, adolescente o niño, sientes al conocer la vida de este santo sacerdote, la llamada del Señor a dejarlo todo y

³ BENEDICTO XVI, *Encuentro con los sacerdotes y diáconos permanentes*, 14 de septiembre de 2006.

seguirle de cerca, confía plenamente en Él, no tengas miedo y da el paso. Valientemente, decididamente, fervorosamente.

El mismo Jesucristo nos advierte de que no nos cansemos de pedir a Dios que envíe vocaciones a su Iglesia, que no nos falten jóvenes generosos para trabajar en la Viña del Señor. Estas palabras del Evangelio de san Mateo –«Rogad, pues, al Dueño de la mies que mande obreros» (9,38)–, nos hacen caer en la cuenta de que

«no podemos “producir” vocaciones; deben venir de Dios. No podemos reclutar personas, como sucede tal vez en otras profesiones, por medio de una propaganda bien pensada, por decirlo así, mediante estrategias adecuadas. La llamada, que parte del corazón de Dios, siempre debe encontrar la senda que lleva al corazón del hombre. Con todo, precisamente para que llegue al corazón de los hombres, también hace falta nuestra colaboración. Ciertamente, pedir eso al Dueño de la mies significa ante todo orar por ello, sacudir su corazón, diciéndole: “Hazlo, por favor. Despierta a los hombres. Enciende en ellos el entusiasmo y la alegría por el Evangelio. Haz que comprendan que este es el tesoro más valioso que cualquier otro, y que quien lo descubre debe transmitirlo”.

Pero no sólo se ora a Dios mediante las palabras de la oración; también es preciso que las palabras se transformen en acción, a fin de que de nuestro corazón brote luego la chispa de la alegría en Dios, de la alegría por el Evangelio, y suscite en otros corazones la disponibilidad a dar su “sí”. Como personas de oración, llenas de su luz, llegamos a los demás e, implicándolos en nuestra oración, los hacemos entrar en el radio de la presencia de Dios, el cual hará después su parte»⁴.

Queridos Manuel, José Manuel y Joaquín, que en breves instantes vais a recibir el sacramento del diaconado, «Dios os llama a ser santos... la santidad es el secreto del auténtico éxito de vuestro ministerio... Ya desde ahora la santidad debe constituir el objetivo de vuestra opción y decisión. Encomendad este deseo y este compromiso diario a María», Madre de los sacerdotes, Reina de los apóstoles. Iniciad ya desde hoy vuestro ministerio «con el alma abierta a la verdad, a la transparencia, al diálogo con quienes os

⁴ Ib.

dirigen; esto os permitirá responder de modo sencillo y humilde a Aquél que os llama, liberándoos del peligro de realizar un proyecto sólo personal». Mi enhorabuena y felicitación cordialísima a vosotros, a vuestros familiares y amigos, y a las comunidades parroquiales de Elda, Guardamar y Elche, que esta mañana os acompañan, así como a las que seréis enviados como diáconos. Y enhorabuena a la comunidad parroquial de Muchamiel, que nos acoge en este templo parroquial, tan bellamente repristinado.

Hoy celebramos, además, la memoria de san Francisco de Borja, caballero de la Emperatriz Isabel, que decidió no servir a quien pueda morir, entrando en la Compañía de Jesús, de la que llegó a ser Superior General. Al celebrar su fiesta, «enseñanos, Señor y Dios nuestro, a comprender que nada hay en el mundo comparable a la alegría de gastar la vida en tu servicio»⁵

A handwritten signature in black ink, starting with a cross symbol and the name 'Rafael' in a cursive script.

✠ Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela–Alicante

⁵ Oración colecta en la memoria de san Francisco de Borja.